

Templanza en la lejanía

Cuando vemos en las noticias nacionales los nefastos efectos que provoca en los habitantes “del norte” los cambios de estación, no podemos dejar de reflexionar sobre nuestra especial situación de aislamiento y como ese hecho ha contribuido de manera significativa a forjar nuestra personalidad y madurez para enfrentar las adversidades.

Ni el viento huracanado, ni las tormentas de nieve, el frío intenso o la lluvia torrencial logran minar el espíritu magallánico. Es algo que se encuentra en nuestros genes, producto del ejemplo que nos dieron nuestros abuelos y sus padres al momento de instalarse en este confín tan lejano del mundo.

Llevemos nuestras mentes a ese primer atisbo de historia y eliminemos la tecnología, el telégrafo, los viajes regulares de avión o los eternos cruceros en barco para ponernos en el contexto de la naturaleza de, esa, nuestra primera realidad. Las noticias del motín de los artilleros y el de las felonías de Cambiazo sólo se conocieron en el resto del país mucho tiempo después de ocurridos estos sucesos. El trabajo de los loberos, sus penurias y sacrificios, la labor de los ovejeros, caminantes y colonos, demoraban meses en llegar a sus destinos. Aquí debían sobrevivir o sucumbir ante la adversidad.

Hoy bajo el calor de nuestros hogares difícilmente podemos imaginarnos el sacrificio que conllevó la vida de nuestros antepasados. Por ello tenemos la manía de observar cada fotografía antigua de nuestra ciudad buscando un rostro conocido, sus vestimentas, el empedrado, los carruajes antiguos, o el incipiente árbol plantado en una plaza.

Todo fue cambiando, pero antes como ahora, aunque hubiera queja por las condiciones del clima o sus efectos destructivos, el espíritu fue más fuerte y se debió no sólo resistir, sino que también volver a armar aquello que se destruyó, afectó o inundó. Los caminos se debían abrir y no había maquinaria o contingentes de trabajadores para ello. Se hacía a pulso. Se estaba solo, quizás acompañado con algún amigo, pariente o vecino.

El Estado no estaba preparado ni dispuesto a apoyar tantas situaciones, tan lejanas del centro del país y acá, en las pampas, islas o canales tan distante del centro neurálgico del Estrecho. En fin, debieron enfrentar con entereza el desafío de sobrevivir y lo lograron.

Así es como nos educaron y hoy no nos excusamos de ir al colegio o a nuestros trabajos cuando la ciudad se viste con el grueso de la nieve. Es más, no esperamos ayuda y salimos a apalearla frente a nuestros domicilios, sujetamos los cercos y techos para que no se los lleve el viento o salimos en masa cuando una inundación daña a nuestros vecinos. Así se vio en la última riada, cuando miles de jóvenes,

impregnados de ese espíritu, con botas y palas se metieron al lodazal para ayudar. Nada mejor que recordar ese hecho para agradecer la templanza que nos dieron nuestros viejos y que hoy se plasma en la bandera que orgullosos lucimos en el resto del mundo.